



Revista de reseñas bibliográficas de Historia y Ciencias Sociales en la red

Año 6, N° 11- Rosario- Argentina, Octubre de 2013

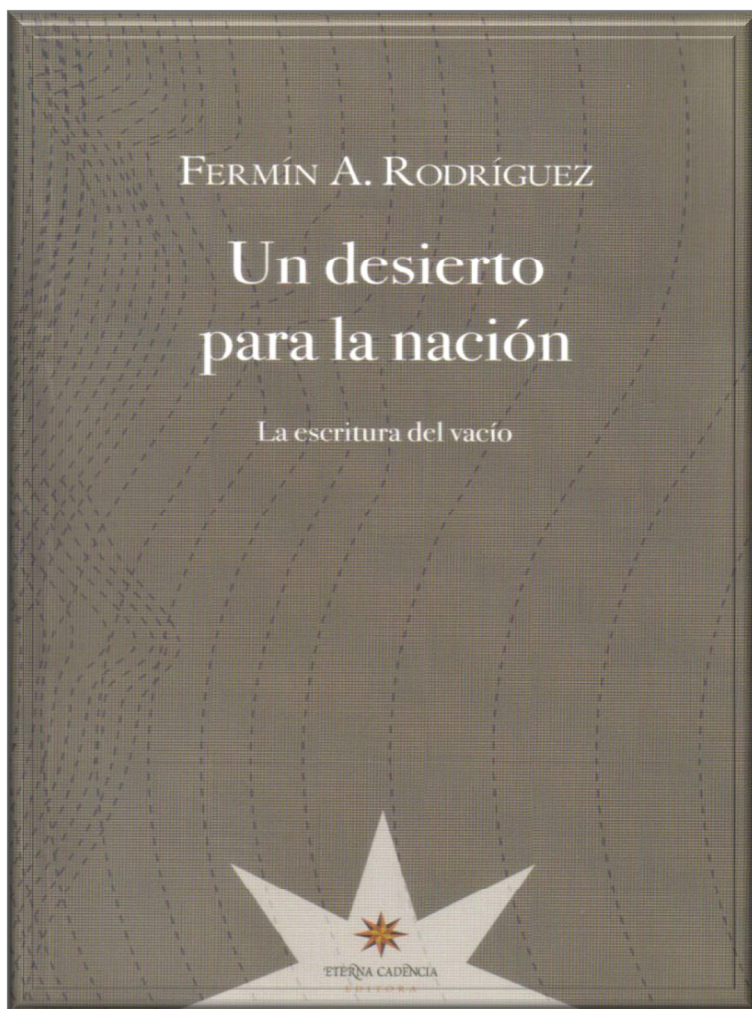
ISSN 1851-748X. Es una publicación del Centro de Estudios Espacio, Memoria e Identidad de la Universidad Nacional de Rosario, pp. 67-72

RODRIGUEZ, Fermín, *Un desierto para la nación: la escritura del vacío*, Buenos Aires, Eterna Cadencia Editora, 2010, 409 págs., ISBN 978-987-1673-15-5.

Julio L. Risso<sup>1</sup>

Universidad Nacional de Rosario/CONICET

[juliolendrorisso@yahoo.com.ar](mailto:juliolendrorisso@yahoo.com.ar)



*Un desierto para la nación* excede los límites de la crítica literaria. Se trata, pues, de una obra que parece rehusarse a cualquier encasillamiento, de una propuesta de lectura que resulta, a la vez, una apuesta filosófica, una invitación a la reflexión, un gesto político.

En un aleatorio ida y vuelta entre el pasado y el presente la prosa ágil de Fermín Rodríguez transita la literatura del *desierto argentino* y nos permite comprender ese “espacio informe” que, hacia el siglo XIX, se percibió como un espacio vacío, un territorio que tanto la literatura como el Estado se han esforzado en poblar.

Sobre ese “extenso relato territorial”, con pasos sincopados (unas veces profundos y detenidos, otras demasiado ligeros y fugaces, a través de Humboldt,

Darwin, Andrews, Musters y Hudson, pasando por Moreno, Ameghino, Echeverría, Hernández, Sarmiento y Rosas, hasta Aira, Saer y Gamberro, entre otros), *Un desierto para la nación* adentra

<sup>1</sup> Recibido: 19/06/2013

Aceptado: 19/07/2013

a sus lectores en el espacio literario cuyos movimientos Rodríguez intenta capturar. Allí el desierto, ese no-lugar, ese horizonte, ese más allá que ha movido y alimentado tantos imaginarios, tantos procesos de imaginación e identificación, reaparece como “...una suerte de artefacto discursivo que provee las imágenes en torno a las cuales se hace, se deshace y se rehace el sentido.” (p. 14)

Desde la conquista hasta la consolidación del Estado Nación argentino (e incluso hasta hoy) diversos relatos fueron presentando al desierto como la instancia originaria, el fundamento de *lo nacional*, es decir, como un espacio vacío que, al ser ocupado y poblado, hizo posible el nacimiento de la nación.

*Un desierto para la nación* retoma muchos de esos relatos pero excede sus interpretaciones. Aquí el desierto no es precisamente la instancia originaria (y pre-simbólica) de la nación sino, sobre todo, una “potencia virtual”, una “agitación discursiva”, un “laboratorio onírico de imágenes” (p. 14) que aún hoy sigue poniendo a prueba la imaginación.

Consideramos que el análisis de Rodríguez logra plantear dos cuestiones, capturar dos movimientos, del espacio literario *sobre* el que trabaja. En ambos casos, que aquí escindimos solo por razones expositivas, se trata de un coincidente, aunque variable, anverso-reverso que transita toda la obra:

(a) Por un lado Rodríguez muestra cómo, en función de la modernización capitalista y a través de la literatura, en el siglo XIX el desierto se hizo consumible, es decir, cómo al habérselo percibido en términos de un vacío textual y territorial, se transformó en un nombre para la nada, una cesura a partir de la cual un territorio se fue poblando de fantasía, de sentidos, de cuerpos y circuitos, bajo enunciados performativos. Aquí el desierto es, entonces, el nombre para la tierra sobre la cual avanzaron las fronteras del Estado y el capital, pues en él se liberaron los flujos del capitalismo hasta trazarse los límites de los grandes latifundios y ampliarse los circuitos productivos del mercado capitalista.

(b) Pero si, en ese avance territorializador el desierto resulta, por un lado, ser el nombre (vacío) del espacio a ocupar y poblar, por el otro es también un *más allá*, un horizonte, un contorno incontrolable, pura fantasía, potencia incontenible, inefable, desquiciante, terrible, lo que queda por fuera de lo “conquistado”, lo desconocido, lo imposible, lo deseado. Es decir que, de este otro lado –que, en realidad, como en una cinta de Moebius, posee un mismo borde y superficie con la otra condición señalada (a)– Rodríguez nos pone, como lectores, ante la fuerza hechizadora del desierto, fuerza desbordante y seductora que siempre está más allá de las posibles capturas, potencia que fue (y aún es) el polo de atracción, el aliciente de los avances regresivos del capital a partir de los cuales se configuraron y fijaron las normas de circulación de cuerpos, ideas y mercancías.

Con estos movimientos *Un desierto para la nación* lejos está de detenerse en las imágenes de lo que fue el desierto decimonónico. No se somete a especulaciones históricas. Más bien, y a través de la literatura, nos invita a explorar los desprolijos lineamientos, los desplazamientos imaginarios, la fuerza onírica de ese desierto argentino, a seguir su murmullo, “...porque el desierto hay que buscarlo en el orden de lo dicho más que en el de la experiencia sensible, la experiencia atorbellinada y confusa de una sociedad poscolonial que se deshace a lo largo de líneas de revuelta, de alianzas y antagonismos raciales, de victorias, derrotas, éxitos y fracasos, de irracionalidad desnuda” (p. 211).

Se trata, pues, de actualizar la potencia virtual del desierto, ese vacío abierto a la imaginación, de ir más allá de los trazos producidos por la territorialización estadonacional y por los circuitos del capital.

Es por eso que *Un desierto para la nación* esquivaba la posibilidad de re-tratar al desierto como un lugar fijo, detallando sus formas y contenidos, sus límites territoriales y textuales, su composición imaginaria y las leyes y transformaciones en función de las cuales diversos proyectos políticos (como los que Tulio Halperin Donghi reuniera bajo el nombre de una nación para el desierto<sup>2</sup>) contribuyeron con la formación de *lo argentino*. Así pues, el desierto aquí no sirve como fundamento ya que, remontándose sobre su “agitación imaginaria” en la literatura, Rodríguez logra ir más allá de la idea del desierto como origen de la nación, más allá del pasado, hasta actualizar el presente.

La primera parte del libro, titulada “Introducción al espacio”, puede tomarse como el paso inicial a partir del que *Un desierto para la nación* (se) pone a andar el desierto. Rodríguez comienza escribiendo: “*Dicen que no había, al principio, nada: desierto era ausencia de paisaje, tierra vacía de reflejos y de significaciones que no envía ni devuelve ninguna señal*” (p. 23).” Así, entre el pasado y el presente, el lector logra ir sumergiéndose en el espacio literario del desierto. Y, con esa frase, con esa entonación bíblica entre “el decir” y “la nada”, el texto comienza a espigar los mecanismos discursivos por los cuales (tras el desembarco de los conquistadores) la llegada al desierto de los viajeros naturalistas y los agentes comerciales del siglo XIX alteró el orden de los discursos y de las prácticas, la relación entre lo mismo y lo otro, entre la sociedad y la naturaleza, la ciudad y el campo... Pues, Rodríguez afirma que fue con los relatos de viaje decimonónicos que se produjo una modificación en las percepciones y las representaciones de la realidad, un cambio que “...*permitió reconfigurar el espacio del otro como una heterotopía*” (p. 29), es decir, como un espacio-otro, hasta hacerlo consumible por medio de enunciados performativos, de imágenes, modelos, cartografías, y nombres que le fueron dando cuerpo y realidad a elementos naturales y paisajísticos. Con su *Introducción al espacio* Rodríguez discurre, así, sobre la *salida al desierto*, sobre la partida de viajeros y expedicionarios (reales e imaginarios) hacia ese espacio-otro y ese espacio del otro que (desde Humboldt hasta el protagonista de *La ocasión*, de Saer) vino a dar nombres al vacío, a producir nuevos sentidos, a “*hacer espacio*”, a modelar la naturaleza americana y transformarla en objeto “...*para la ciencia, el arte y el capital*” (p. 29).

Esta parte del libro muestra, entonces, cómo el viaje al desierto, en tanto “artefacto cultural” que va desde lo conocido a lo desconocido, desde lo mismo a lo otro, re-presentó un espacio sin marcas culturales, un espacio en blanco sobre el cuál sería posible imaginar y nombrar, fabricar realidad, enseñar a ver, a sentir y a comprender el mundo.

A partir de allí, Rodríguez presenta al relato de viaje como una suerte de mecanismo que tradujo a la naturaleza en poesía y, al mismo tiempo, en mercancía, al insinuar los modos en que el desierto, y con él la otredad, podrían hacerse consumibles. Puesto que el viaje (y sus relatos) integraba dos lógicas que hacían consumible al desierto: la lógica de “*el que cuenta*” (el viajero que intenta relatar sus increíbles experiencias) con la de “*el que hace la cuenta*” (el científico que mide y calcula el espacio-otro) sobre “*los que no cuentan*” (porque se les negó la voz, porque su vida era un no-valor), en un encuentro de culturas donde *lo otro* iría quedando alambrado *más allá*, de acuerdo a los flujos comerciales del capitalismo global.

De este modo en la parte inicial de la obra parecería destacarse aquella primera cuestión (a) señalada más arriba, por la cual se comprende cómo el desierto buscó ser integrado al mundo, mensurándose cartográfica y lingüísticamente para mostrarlo vacío y tornarlo, según un orden de exploración científica y expansión comercial, conquistable, ocupable, “consumible”.

Pero, tal como Rodríguez lo insinúa continuamente, allí adonde por el viaje(ro) un mundo *sale al desierto*, es decir, adonde se explora, mide y llena de sentido un espacio

---

<sup>2</sup> Halperin Donghi, Tulio, *Una nación para el desierto argentino*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina S.A., 1982.

buscando ocuparlo, la naturaleza queda en primer plano y entonces, cuando frente a su murmullo desbordante y a sus posibilidades inquietantes el discurso científico enmudece, sale al paso la poesía, la cual “...parece ser el lenguaje que avanza donde el resto de los discursos sociales se detienen.” (p. 73)

Quien *sale al desierto* (al encuentro con esa naturaleza desquiciante, desconocida, peligrosa, de vida y muerte) debe *salir del desierto* si quiere narrarlo y así transmitir algo de esa experiencia. Porque en el desierto no hay transmisión de la experiencia, no hay narración posible y menos aún racional. ¿Cómo *salir del desierto*? Allí la poesía, en tanto producción que desborda los significados socialmente compartidos, parece ser la única válvula de escape, un intersticio movedizo entre *salir al desierto* y *salir del desierto*, entre el vacío y la nación.

Más allá de lo conocido, adonde el desierto era la nada y donde ciertos discursos científicos habían llegado desde Europa para llenar y codificar esa nada, la “estetización” de esa nada, su conversión literaria, la poetización y ficcionalización del desierto, fue lo que permitió a los relatos *salir del desierto*, escaparle al vacío, huir del exuberante caos rodeándolo y poblándolo con palabras y metáforas. La literatura hizo posible entonces imaginar la nación por venir y cercar el espacio que se poblaría de circuitos comerciales, de cuerpos productivos, de cuerpos disciplinados, de cuerpos controlados, de argentinos.

“Hay que escapar del desierto –tema de la *La cautiva*–, hay que salir de un espacio inquietante, invirtiendo la dirección del viaje romántico que desde Europa y a la zaga de la expansión capitalista, buscando en los territorios lejanos reservas de exotismo y de materias primas sin explotar. (...) Ser argentino debe dejar de ser una fatalidad, una determinación de la llanura, para volverse una tarea de fundación, una distancia: una estética.” (p. 214)

*Salir del desierto* mediante su estetización, transformar su lisura inquietante en paisaje nacional, es un intento por domar la potencia del desierto, sus movimientos nomádicos, su desmesura aterradora, mediante una incorporación literaria (siempre inacabada e imprecisa) de su fuerza desestabilizadora. De este modo Rodríguez logra mostrar cómo la huida de ese espacio terrible devino un “programa estético-político” que pudo fundar una nación para el desierto solo después de haber ido poblando un desierto para la nación, es decir, luego de crear un desierto diagramando su población sobre el territorio, articulando literariamente relaciones entre el espacio y los cuerpos de la naciente nación, creando memoria (virtual) y cultura, al “hacer vacío”.

Ahora bien, luego de un sabroso *Interludio* sobre la figura del “baqueano”, la segunda parte del libro (titulada *Un desierto para la nación: poblar*) re-sitúa al lector frente a la potencia incontrolable del desierto cuyas líneas de fuga, tal como lo insinúa Rodríguez, expanden las letras y agrietan, en pasado y presente, las páginas de múltiples obras nacionales, desde *La cautiva*, *Facundo*, *Una excursión a los indios ranqueles* y *Martín Fierro* hasta *Los sueños del señor juez*, *Nadie nunca nada* o *El vestido rosa*...

En esta segunda parte, *Un desierto para la nación* logra reverberar los golpes y espasmos tumultuosos e irrepresentables del desierto decimonónico. Rodríguez parece enfatizar aquí la segunda cuestión (b) planteada más arriba al revelar la fuerza del desierto, sus movimientos, su potencia fantástica. De pronto el lector se halla rodeado por el ímpetu arrollador, salvaje y excesivo del desierto. El autor va presentando, así, múltiples representaciones literarias que *salieron del desierto* (huyéndole a las inclemencias del paisaje o a los cuerpos salvajes, a la fuerza incontenible de ese agujero negro) hasta *poblar* la nación y fijarle sentidos, borrando poéticamente todo signo de otredad, presentando al indio como enemigo bestial de la nación.

Rodríguez recoge, de este modo, los restos poetizados de cuerpos que, estéticamente animalizados, no han dejado de venir desde el desierto, cuerpos que, vaciados de humanidad,

reaparecen como ráfagas y asaltan poblaciones, porque son puro acontecimiento, fuerza que desmoronan todo cálculo, toda cuenta, todo cuento.

En ese torbellino interpretativo *Un desierto para la nación: poblar*, muestra cómo, desde *La cautiva* hasta el *Martín Fierro*, haber animalizado literariamente al *otro* (como así también, haber vaciado al desierto) significó aniquilar políticamente su otredad. Pues, se lo representó como animales vacíos de humanidad, seres corrompidos por el vacío y, por lo tanto, no-seres, deshechos existenciales, vidas que no valen la pena. Rodríguez nos enseña, de este modo, las representaciones que se adelantaron a la máquina genocida de los ejércitos, que perfilaron los límites para *lo argentino*, que permitieron imaginar la nación para *poblarla*, así, de cuerpos nuevos.

*“No hay allí violencia contra una forma de vida porque esa vida ya estaba negada desde el momento en que el enemigo se representa como una fiera sedienta de sangre, fuera del límite de lo humano. En un paisaje desierto, sin testigos, esas muertes nunca tuvieron lugar ni dejaron huellas en la memoria de nadie. (...) Los indios salen del desierto y vuelven a él como espectros, borrados por una política de la representación que, al regular los límites de la inteligibilidad humana, decreta que allí nunca hubo vida y que, por lo tanto, ninguna matanza ha ocurrido, ni jamás ocurrirá. Desde Juan Manuel de Rosas en 1833 hasta Julio A. Roca en 1880, las expediciones militares al desierto han sido desfiles militares, paseos marciales por territorios previamente despoblados por maquinarias de representación.”* (pp. 231-232)

De este modo puede comprenderse cómo el aparato estatal, en connivencia con singulares maquinarias de representación, es capaz de nominar y regular los flujos nómades de cuerpos y sentidos. Cómo el Estado pudo transformar un territorio (representado como vacío) en mercancía para que pudiera correr libremente el “cuerpo vacío del capital”. Al respecto resulta más que elocuente el hecho de que Rodríguez presente al desierto como un campo, en un doble sentido: un “campo de batalla” (reordenado por la disciplina militar que avanzó sobre nuevos territorios) y un “campo productivo” (bajo una lógica racional que ordena la tierra y la pone a disposición como mercancía al lotearla, cuadricularla, poblarla de cuerpos y sentidos). En este contexto se plantea finalmente, a través de la literatura, el uso productivo (económico, político y estético) que se hizo de “los que no cuentan” a fin de *poblar* la nación. Puesto que si, por un lado el indio resultó ser eliminado en tanto *otro*, el gaucho fue reterritorializado (nacionalmente) mediante el disciplinamiento de su vida nómada (su exceso de vida, su vida sin valor y sus derroches), y la domesticación de su existencia. Así se lo opuso al indio y se lo lanzó al campo de batalla (como soldado de frontera) hasta sujetarlo, definitivamente, al campo productivo (como peón de estancia).

Vemos entonces que, en *Un desierto para la nación*, el desierto es mucho más que un objeto traído desde el pasado para articular un libro, una propuesta, en el presente. Consideramos que el mayor aporte de esta obra radica en señalar que la fuerza fantástica (virtual) del desierto argentino lejos está de pertenecerle solo al pasado, a ese pasado *capitalizado* por cierta historia. Es que, como cabalmente lo sugiere Rodríguez, la potencia virtual del desierto nació al calor de los circuitos capitalistas y, como tal, sigue más viva que nunca, ya que el “*cuerpo vacío*” del capital siempre necesita producir nuevos desiertos, crear nuevos márgenes, fundar innovadores (y también terribles) nichos, espacios adonde generar falta, necesidad, escasez, para activar el consumo, para disciplinar cuerpos y continuar su marcha. Porque el desierto es la fuerza, el umbral donde el mercado sueña inscribir nuevos circuitos de producción y consumo de mercancías.

*Un desierto para la nación* permite conjurar nuestro hoy, en el cual, como *ayer*, también resurge el desierto cuando, por ejemplo, se hace florecer inescrupulosamente a la soja y cuando, también hoy como ayer, se suele volver al “campo” para reconfigurar y fundamentar *lo argentino* a costa de devaluar, excluir y eliminar *otras* vidas, *otros* espacios, *otras* historias. Todo en pos de avanzar. Capitalizar y avanzar. Circular.

Por eso insistimos en que el trabajo de Rodríguez es, además de original, políticamente potente. Se trata de una interpelación, de un gesto político en tanto es posible hallar en él un llamado al movimiento; a imaginar y fugar con el desierto; a cuestionar y situarnos en el presente; a actualizar promesas; a preguntar(nos) por el *hoy* y soñar mañanas con el ayer; a agrietar los sedimentos que ha organizado la historia; a considerar lo que pudo haber sido y no fue; a reflexionar y cuestionar las verdades del *nosotros*; a fugar hacia otros *otros*; a devenir *otros*.

*“Un desierto para la nación es menos una historia que una cartografía de algo que podría haber sido y no fue (...) ¿Qué queda de ese potencial soñado, en este cementerio de enunciados pulidos y emparejados por la repetición donde yacen, semienterrados, sueños de trabajo no alienado, de sustracción, de comunidades sin gobierno fundadas en la solidaridad y en la cooperación? ¿Hay algún futuro en nuestro pasado más remoto, hoy que brotes de soja y de nacionalismo reaccionario emergen del suelo y se actualizan al costado de la ruta, en una pampa convertida en una enorme aceitera?”* (p. 19)

Así pues, si esta obra por un lado nos muestra los mecanismos por los que literatura y nación, estética y política, Estado y capital, han buscado capturar las fuerzas nomádicas del desierto hasta convertirlo en *“...un espacio económico donde se especula con leguas y títulos de propiedad”* (p. 408), por el otro nos alerta sobre la vigencia de la potencia virtual del desierto, que aún golpea, que siempre vuelve.

*Un desierto para la nación* contagia así su tenor político y nos permite actualizar nuevos e impensados contagios de sentido. Mediante *“...textos alejados en el tiempo [que] se llaman a distancia, según conexiones imprevistas”* (p. 18), Rodríguez, con su perspectiva *rizomática* (al decir deleuzeano), hace leudar la potencia del desierto que, siempre, desborda el escrito, prolongándose y multiplicándose más allá de sus límites.

Ante la fuerza de este libro (que aquí, arbitrariamente, hemos reducido a una lectura entre las múltiples posibles), retumba como rumor y grito la exhortación, la interpelación con que Rodríguez prologa y prolonga su obra: *“Hay que volver al desierto para despertar de estas imágenes, superándolas. Hay que ayudarle a la historia a mantener sus promesas”* (p. 19).

Aún queda mucho por hacer. Mucho por imaginar. Y *Un desierto para la nación* muestra que no todo puede decirse; que allí (como aquí) no todo se dice, ni todo está dicho.

Palabras clave: desierto – nación – literatura – capitalismo

Key words: desert – nation – literature – capitalism